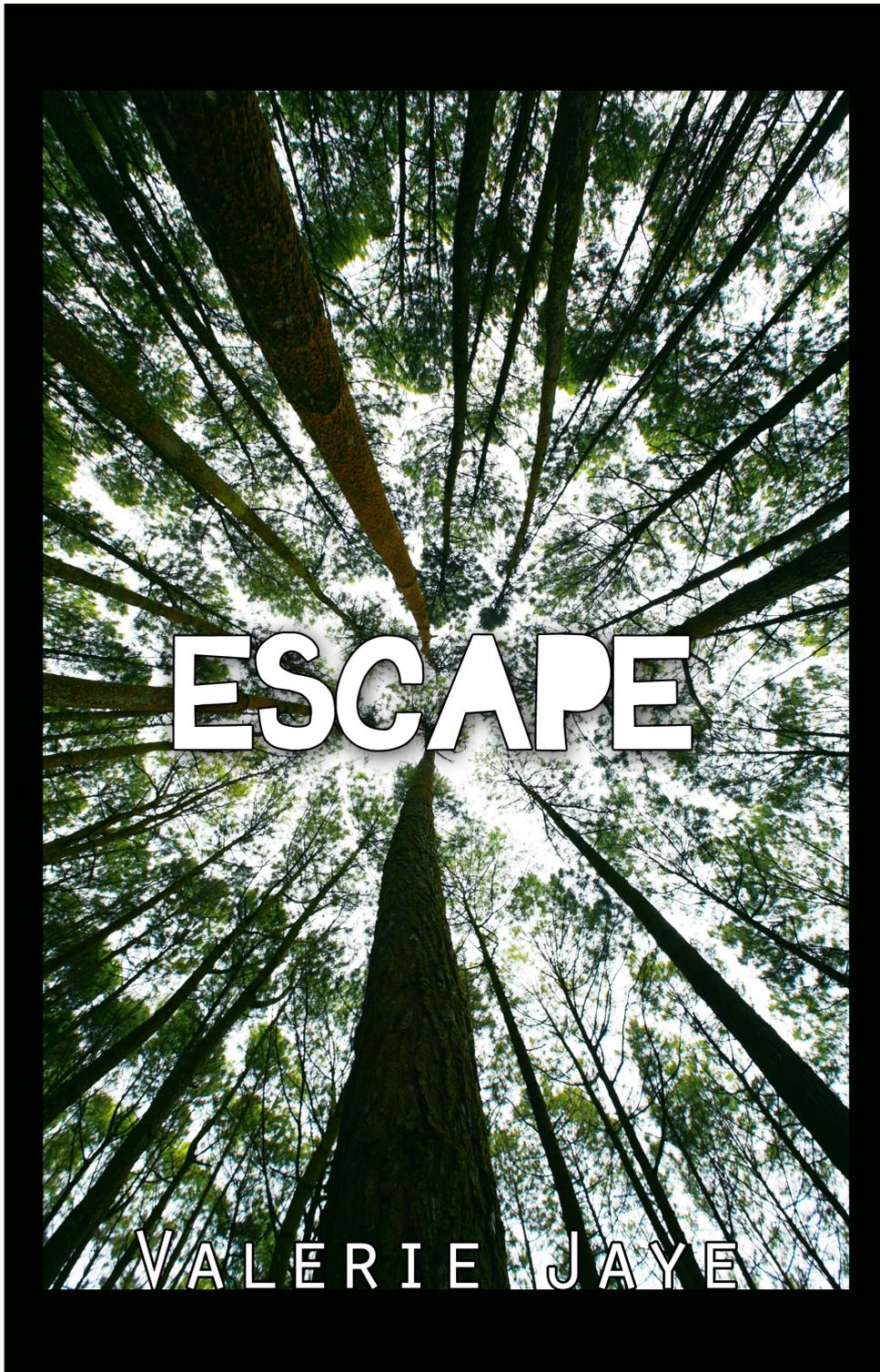


Escape

Valerie Jaye



Capítulo 1

Estaba acostado boca arriba sobre la alfombra marrón del piso de mi cuarto cuando los gritos empezaron a sonar. Papá y mamá estaban peleando de nuevo. Incluso con la puerta cerrada los podía escuchar. Siempre era sobre lo mismo: Nunca estás en la casa cuando necesito que cuides a Matías, decía mamá. Yo también tengo cosas que hacer y Matías tiene diez años, ya puede cuidarse solo por un rato, respondía papá. Los gritos seguían unos minutos más y la casa se volvía silenciosa después del portazo de mamá. Siempre era así, pero esa noche parecían estar más enojados que de costumbre. Eran alrededor de las doce de la noche y papá recién llegaba a la casa. A mí me estaba dando un poco de sueño, pero las voces de mis papás no me dejaban dormirme del todo. Así que me quedé ahí tirado en el medio de mi cuarto escuchando lo que decían.

—Tienes olor a alcohol, ¿de dónde vienes? —le preguntó mamá.

—No es de tu incumbencia —respondió papá.

—¡Se suponía que tenías que cuidar a Matías hoy y desapareciste!
—exclamó—. ¿Te fuiste con esa chirusa, no? No me mires sorprendido, todos nuestros conocidos saben que me estás engañando con esa zorra que tienes por compañera de trabajo. La única razón por la que todavía no estamos divorciados es Matías, si no te juro que ya estarías de patitas en la calle.

—¡Preferiría estar en la calle antes que venir a esta pocilga solamente para que me griten! ¿Por qué no me dejas en paz un minuto para que pueda por lo menos sacarme el abrigo y sentarme en el sillón?

Seguramente los vecinos podían escucharlos discutir todos los días casi tan alto como podía escucharlos yo, pero en ese lugar todos tenían sus propios problemas así que nunca nadie se había quejado del ruido.

—Bueno, a ver, si no estabas con la chirusa, ¿me quieres explicar por qué no viniste a las siete para cuidar a Matías? —le reprochó mamá.

Papá volvió a usar el mismo argumento de siempre: yo ya tenía diez años, un rato solo no me haría nada. Mamá odiaba cuando él decía eso porque no creía que yo fuera lo suficientemente grande como para quedarme solo mientras ella se iba a trabajar. Las voces se elevaron un poco más, pero no se detuvieron. Esa noche tenían más ganas de pelear que cualquier otro día.

En ese momento, detrás de mí, me pareció escuchar que alguien me había chistado. Lo ignoré porque pensé que lo había imaginado, pero lo volvieron a hacer así que me di vuelta, todavía tirado sobre la alfombra.

Lo único que había detrás de mi cabeza era mi cama y era imposible que mi cama me hubiera chistado. Igualmente me quedé mirándola un poco para ver si el sonido volvía a aparecer. Escuché el chistido de nuevo y me senté en el piso sorprendido y, a la vez, un poco asustado. ¿De verdad mi cama me estaba chistando? Yo ya tenía diez años, ya no creía en cosas raras como esas, pero estaba seguro de lo que había escuchado.

Intrigado y sin saber exactamente qué hacer, pasé las manos sobre toda la superficie de la cama para comprobar que no hubiese nada extraño. No estaba buscando nada en particular, pero había que asegurarse por las dudas. Entonces, volví a escuchar el chistido y, esta vez, me di cuenta de que no venía de arriba la cama, sino de abajo. Me volví a tirar al piso, ahora boca abajo, y miré dentro de la oscuridad que había bajo mi cama.

No tenía miedo de las cosas que supuestamente se escondían bajo las camas de los niños porque mis papás nunca me contaron ninguna de esas historias. Sofi, una compañera de la escuela, todavía temía que el Coco apareciera y se la comiera y yo no podía entender por qué, si lo único que había debajo de la cama era el piso.

Estiré la mano y toqué a tientas la alfombra para ver si algún animal se había metido en la casa y refugiado bajo mi cama como había pasado una vez. Pero lo que mi mano sintió no fue la textura de la alfombra, sino algo esponjoso y suave. Me gustó tanto esa sensación que me metí debajo de la cama para ver qué era y poder sentirlo con las dos manos. Me adentré en la oscuridad de ahí abajo hasta la cintura y estiré los dos brazos para adelante. Toqué el piso de nuevo y sonreí ante el placer de lo que estaba sintiendo, como si estuviera acariciando el perro con el pelo más lacio del mundo. Entonces, apareció un círculo de luz. Maravillado, pasé mis manos sobre él y me di cuenta de que no era plano, sino profundo. Metí mi mano derecha dentro del agujero y me entró hasta el hombro. ¿Qué tan profundo era esto? Saqué mi brazo y traté de meter la cara para ver qué había adentro y me quedé boquiabierto al ver cómo aparecían ante mí unas nubes blancas como la nieve y esponjosas como el algodón. Me estiré un poco más hacia adentro porque no llegaba a tocarlas y solté un grito cuando todo el cuerpo se me cayó dentro del agujero. Pasé a través de las nubes y una isla apareció ante mí, iluminada como si fuera el mediodía. Estaba tan sorprendido que casi me había olvidado que estaba en caída libre, así que volví a gritar cuando me di cuenta. Por suerte, cuando estuve cerca de golpear el suelo con la cara, unas hojas gigantes amortiguaron mi caída y no me lastimé mucho cuando aterricé definitivamente.

Un poco mareado por el viaje que había tenido, me paré y miré alrededor. Parecía ser una especie de bosque, pero todo era enorme. Las hojas, los árboles, las flores, los insectos; todo era el doble del tamaño normal. Vi pasar una hormiga negra que me llegaba hasta los hombros. Además, había muchas plantas raras que nunca había visto en mi vida y todo

parecía tener un exceso de color como si alguien hubiera pintado todo extra brillante.

Paseé un poco por el lugar, siempre mirando hacia arriba porque todo me sobrepasaba en altura, hasta que escuché un sonido grave y el suelo tembló bajo mis pies. Algo se acercaba. Me quedé helado al ver una lagartija gigante que caminaba hacia mí haciéndose paso por entre los árboles como si fuera el dueño del territorio. Después me di cuenta de que me aplastaría si una de sus patas se pusiera sobre mí así que empecé a correr como si no hubiera mañana. No sabía hacia dónde estaba yendo ni me importaba, solamente quería evitar morir bajo la pata de un animal inusualmente gigantesco, el cual parecía no tener ni la más mínima intención de dejarme escapar. Me tropecé varias veces y me llevé puestas muchas ramas bajas pero no paré de correr hasta que me choqué con alguien, caí al suelo y me di un golpe fuerte en la cabeza. No llegué a desmayarme pero quedé bastante confundido.

—Ups, perdón, no te vi venir —me dijo esa persona mientras yo trataba de ponerme de pie. Su voz era de una niña y sonaba bastante alegre—. ¿Estás bien?

Me refregué la parte de atrás de la cabeza para aliviar el dolor del golpe y levanté la vista para ver quién podía ser la persona que habitara un lugar así.

—¿Sofi? —le pregunté al reconocer su cara. Tenía puesto un vestido rosa que parecía de princesa, iba descalza y sus rulos anaranjados le rozaban los hombros. Parecía tener más pecas de lo que yo recordaba.

—Mati, qué raro encontrarte acá —respondió ella despreocupadamente—. Es la primera vez que veo una persona en esta isla.

La lagartija que había estado persiguiéndome me encontró de nuevo y apareció violentamente por entre las plantas que estaban unos metros atrás de mí. Antes de que pudiera reaccionar, Sofi se puso delante de mí y levantó las manos hacia el animal. Éste inmediatamente se detuvo y se acercó lentamente hacia mi compañera de colegio.

—Seguro te asustaste cuando viste a este desconocido, ¿no es cierto, Liz? —le dijo a la lagartija mientras le acariciaba la mandíbula. Yo no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Liz? ¿Le pusiste nombre? —le pregunté.

—Sí, ¿cómo la llamo para que venga si no tiene un nombre? —respondió, dándose vuelta para mirarme, sin perder la sonrisa. Volvió a dirigirse a la lagartija Liz y le ordenó que fuera a jugar a otra parte. Después caminó de vuelta hacia mí—. Me alegro mucho de tener a alguien con quien hablar

acá. Liz no es muy comunicativa que digamos.

Le di otra mirada al lugar donde nos encontrábamos.

—¿Cómo puede ser que estés acá? —le pregunté—. La entrada estaba debajo de mi cama.

—Está debajo de la mía también.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Qué es este lugar?

—Según Liz, es un refugio para los chicos, pero eres el primero con el que me encuentro desde que vine por primera vez.

—¿"Según Liz"? ¿Puedes hablar con la lagartija? ¿Un refugio contra qué?

—Preguntas muchas cosas, no sé si te diste cuenta. Sí, puedo hablar con la lagartija. Liz es mi amiga desde hace mucho tiempo. Esta isla es un refugio contra los miedos de cada uno.

—No me digas que estás acá para refugiarte del Coco —le dije riendo, acordándome de que ella siempre se quejaba de las terribles historias que su mamá le contaba por las noches.

—¡No te burles! Seguro no soy la única. ¿Y tú por qué estás acá?

—Por ninguna razón. Encontré un agujero debajo de mi cama y caí en esta isla desde el cielo.

— Si encontraste el agujero es porque tienes algún miedo, Mati.

—No me asustan los monstruos del armario, ni la oscuridad, ni el Coco.

—Muchas otras cosas te pueden dar miedo. Liz me contó una vez que hay chicos que tienen miedo a crecer; otros, más chicos, que les tienen miedo a las verduras y el pescado y muchos que tienen miedo a quedarse solos. La isla no te hubiera dejado entrar si no tuvieras algún miedo. Tal vez todavía no sabes cuál es, pero lo tienes igual.

—No sé qué puede ser. No hay nada que me asuste.

—¿Morir no te da miedo? A todos nos asusta la muerte.

—Si fuera ese miedo por el que pude entrar a la isla, entonces tendría que haber podido entrar mucho antes. Debe ser otra cosa. Supongo que lo sabré con el tiempo, ¿no?

—Sí, seguro —me respondió Sofi, sonriéndome una vez más—. Caminemos un poco así te muestro el lugar.

Paseamos toda la tarde por el bosque de plantas gigantes hasta que nuestros pies nos pidieron un descanso. Sofi me tomó de la mano casi todo el camino y la sensación era muy agradable. Siempre había pensado que ella era una de las más lindas de nuestro salón, pero nunca se lo había dicho porque no sabía si ella pensaba lo mismo de mí, así que cuando se agarró de mi mano, me sentí muy feliz.

—Es la primera vez que alguien me acompaña por este lugar —me dijo ella mientras apoyaba su cabeza en mi hombro—. Me siento más segura contigo aquí, Mati.

Cuando empezó a anochecer, Sofi me llevó a donde ella siempre se acostaba a dormir o descansar. Eran unas hojas grandes sobre el piso pero estaba rodeado de flores y los árboles eran más tupidos ahí así que la luz del sol de la mañana no molestaba.

Nos deseamos buenas noches y cerramos los ojos.

—Mati, bebé, levántate —escuché decir a una voz conocida. Abrí los ojos y me encontré con mamá—. Te quedaste dormido en el piso, Mati. Vamos a la cama —me dijo y me ayudó a levantarme.

Parado en el umbral de la puerta de mi cuarto estaba papá.

—Lo hubieras dejado que se quedara durmiendo en el piso, parecía que estaba soñando algo lindo —le dijo a mamá en un tono considerablemente calmo—. Dijiste el nombre Sofi varias veces, ¿es una chica que te gusta, hijo? —me preguntó después. Yo asentí tímidamente.

Mamá cerró los ojos un segundo y suspiró con cara cansada. Me tapó con la sábana y el acolchado y me dio un beso en la frente. Apagó la luz de mi cuarto, empujó a papá afuera hacia el living y cerró la puerta. Me quedé con los ojos abiertos en la oscuridad escuchando las voces de mis papás a través de las paredes, pensando en lo que había pasado con Sofi en la isla, y me di cuenta de cuál era el miedo del que quería refugiarme.